

Aquí añade el padre fray Alonso de Mendoza agustiniano, en sus cuodlibetos,²⁸ que como este Enós era varón religioso y santo y comenzó a hacer imágenes para el culto divino, de aquí tomaron ocasión otros de hacerlas para la idolatría, las cuales adoraban por dioses. Y que de aquí se sigue (prosigue luego) lo que dicen otros, que entonces comenzó el nombre del Señor a ser profanado, que es haber atribuido el nombre del verdadero Dios a los falsos ídolos, porque entonces comenzó esta idolatría; así lo sienten Lipómano,²⁹ y Honcaya,³⁰ y Istella,³¹ en el mismo lugar; y cuadra mucho esta interpretación (dice luego Mendoza), porque desde el tiempo de este santo Enós, comenzaron con mucho atrevimiento los hombres a dejar a Dios y a ofenderle antes que a temerle, ni adorarle, y por esta causa se siguió luego el Diluvio; esto sintió el Valentino sobre el psalmo ciento y cuarenta y cuatro, diciendo que fuera de la casa y familia de Noé, no se lee de ninguno que hubiese hasta el tiempo de Abraham que sirviese a Dios verdadero; aunque como lo deduce el glorioso padre San Agustín,³² por todo el discurso de tiempo, desde sus principios hubo gente santa, en la cual se fue conservando y continuando la Iglesia; y así conciliamos esto con lo pasado, diciendo que esto y estotro comenzó en tiempo de Enós con mayor demostración (es a saber) en Enós y los que le seguían, con la manera y culto público ya dicho; y en los idólatras y hombres malos, con mayor libertad y atrevimiento; de manera que no habiendo cosa contraria que haga oposición a esta sentencia, digo que la idolatría comenzó antes del Diluvio, como dejamos probado, y lo dicen los hombres doctos que en esta conformidad dejo citados.

CAPÍTULO VI. Cómo después de el Diluvio prosiguió en el mundo la maldad y pecado de la idolatría, extendiéndose por él casi universalmente, y de cómo se halló muy en su punto en estos indios occidentales



ORRIENDO ADELANTE CON EL PROPOSITO PASADO de el origen y principio de la idolatría, que (como queda probado en el capítulo antecedente) comenzó en los primeros años del mundo, de la cual y de las demás maldades de los hombres tuvo origen el Diluvio, en el cual perecieron todos los inventores de ella, en cuyas aguas fueron anegados y muertos; después del cual, creciendo otra vez las gentes que nacieron de Noé y sus tres hijos, volvió a pegarse esta mala roña en los corazones de los hombres, como cosa que el demonio apetecía en ellos para apartarlos de Dios y hacerlos tributarios suyos; esto fue a los trescientos y cincuenta años des-

²⁸ Mendoza, q. 7. possit.

²⁹ Lipomano in catena aurea in Genes. cap. 4.

³⁰ Honcaya, ibid.

³¹ Istella, ibid.

³² Div. Aug. lib. 16 de Civit. Dei cap. 12.

pués del Diluvio; porque a los cien años de haber pasado aquel general anegamiento (poco más o menos) fue la división de las lenguas en la edificación de la Torre,¹ después de la cual división reinó en Babilonia Nino, a los doscientos y cincuenta años, sucediendo en el reino a su padre, Nembroth, por otro nombre llamado Belo; el cual Nino fue el primero que en el mundo hizo simulacro y estatua en honra y memoria de su padre Belo, el cual fue después recibido y adorado por Dios; que según San Cyrilo, en el libro tercero, contra Juliano apóstata, la idolatría tuvo principio en Nembroth, llamado Belo, padre de Nino, rey de Babilonia; y como nota Pereira sobre Daniel,² puede ser argumento de esta verdad ver que todos los ídolos que fueron adorados de aquellas antiguas naciones fueron nombrados por este nombre Belo; de aquí nació nombrarse Belial o Baal, dios de los sidonios; y Belcebub, dios de Acaron, como se refiere en el cuarto *De los reyes*;³ y Belsegor, dios de los moabitas; Baalsames, dios de los púnicos, como lo dice San Agustín;⁴ finalmente, el ídolo Bel es muy nombrado en la Sagrada Escritura, como se puede ver fácilmente en los profetas Isaías, Jeremías⁵ y Daniel.⁶ Fundado en este dicho, dice Pereira en el lugar citado, no haber tenido origen la idolatría en el tiempo antes del Diluvio, y trae a propósito un lugar *De la sabiduría*,⁷ que dice: no era en el principio, ni serán para siempre (conviene a saber los ídolos), de cuyas palabras toma ocasión Lira de decir no haber sido la idolatría antes; pero si bien se notan estas palabras, no quieren decir que no fueron antes del Diluvio, sino que no fueron en el principio y creación de el mundo los ídolos inventados, porque decir que no eran en el principio, no es negar que no fueron en todo el tiempo que pasó, desde la creación del mundo hasta el Diluvio, sino que será decir: no luego que fue criado el hombre, ni los que inmediatamente de él procedieron, se dieron a esta falsa adoración, pero después, o al cabo de algunos años sí, porque si bien se nota la palabra (*ab initio*) que se pone en el texto, quiere decir desde el principio, como quien dice desde un tiempo tan atrasado y tan antiguo que casi ya no hay memoria de él; así entiende Oleastro en su *Pentateucho* aquella palabra *sæculo*, cuando dice la Sagrada Escritura, en el capítulo sexto del *Génesis*: *potentes a sæculo*, que eran entonces los gigantes poderosos en aquel siglo, conviene a saber, en un tiempo de cuyo principio no hay memoria; porque según Cicerón, *sæculum* incluye en sí el tiempo de muchas edades; y de esta manera podemos entender la palabra *ab initio*, conviene a saber, en aquel tiempo cuyo principio ha tantos años y siglos que pasó, del cual casi ya no hay memoria.

Y para mejor inteligencia será bien que advirtamos que en todas las cosas criadas hay principio, medio y fin, que son las tres partes necesarias en todas las cosas; pues si en aquel primer siglo, que duró hasta el Diluvio,

¹ Genes. 11.

² Pereira in Dan. lib. 5.

³ 4. Reg. 1. Num. 15.

⁴ Div. Aug. lib. quaest. sup. lib. Iud. 9. 16.

⁵ Ier. 14, 5. et 32, 35.

⁶ Dan. 4.

⁷ Sap. 14.

damos fin (el cual tuvieron las cosas con la anegación universal), de fuerza hemos de conceder a este fin un medio y a este medio un principio, y el principio fue la creación y tiempo inmediato a esta creación, al cual siguió el tiempo medio, entre el fin y este principio, el cual concedemos ser en el que fueron los hombres errando y dando de un error en otro, hasta que llegó el fin de querer castigar Dios los pecados y maldades cometidas por los hombres; el cual castigo tuvo su ejecución en el fin, el Diluvio; de manera, que según esta razón no fue la idolatría *ab initio*, en el principio de la creación, como el lugar citado lo afirma; pero pudo ser en el medio tiempo que hubo desde este principio hasta el fin que fue el Diluvio; y esto, que pudo ser, es lo que concedemos; y por esta causa decimos ser cierta la razón de los que dicen haber tenido origen la idolatría antes de el Diluvio, en aquel medio tiempo dicho, como dejamos probado; pero en la segunda edad de el mundo, que según cuenta de los hebreos duró doscientos y noventa y tres años, contando desde el Diluvio hasta el tiempo de Abraham, tuvo origen y principio la idolatría, segunda vez introducida en el mundo y seguida de los hombres, como si fuera adoración verdadera y servicio al verdadero Dios debido.

La causa de este tan grave desconcierto de el linaje humano y pecado tan atroz contra la honra y majestad de Dios, dicen algunos que fue la división y confusión de las lenguas, por razón de no entenderse los unos a los otros; de lo cual nació un olvido total de la doctrina y noticia del Dios verdadero, la cual corría por todas las familias de los hombres, antes de ser divididos en lenguas, cuando todos hablaban una sola y por unas mismas palabras se entendían; pero después de esta división y habiéndose derramado los hombres por diversas partes del mundo y olvidando la doctrina que de sus padres habían recibido, que fueron Noé y otros, que todavía vivían y predicaban y enseñaban la ley de Dios, y su palabra, según Beroso,⁸ diciendo también que les enseñó la theología, dándoles a conocer al verdadero Dios y diciéndoles cómo habían de servirle, obedecerle y amarle, y cómo habían de esperar en él y los modos que habían de tener en ofrecerle sacrificio; y mientras la lengua fue una y no hubo división de lengua, no fue posible haber mucha ignorancia entre las gentes, porque siempre pudieron tener quien los enseñase e instruyese en el conocimiento de Dios, diciéndoles ser uno solo; y esta verdad pudieron enseñársela muchos viejos que aún entonces vivían y no estaban olvidados de ella; mayormente que cuando comenzó la idolatría (y Belo fue comenzado a ser tenido por dios, que fue el primero, según todos dicen), Noé, como está dicho,⁹ era vivo, el cual después del Diluvio vivió trescientos y cincuenta años, hasta los cincuenta y ocho de la edad de Abraham, según la cuenta de Eusebio,¹⁰ y a doscientos fue la división de lenguas; de manera que aún después de divididos los hombres, era vivo; y siendo, como era, santo y justo, no se había de olvidar de Dios, sino que había de enseñar su doctri-

⁸ Beros. lib. 6. ant.

⁹ Genes. 9.

¹⁰ Eusebio de Temperib.

na; pero divididos todos por diversas tierras y muertos los viejos que podían doctrinarlos, fueron sucediendo mancebos y gente moza; los cuales poco a poco, o luego, en breve tiempo, se olvidaron de Dios y de su palabra; mas como la inclinación natural, que según arriba dijimos, el hombre tiene a Dios, no le deja vivir sin buscarle, para reconocerlo por supremo y necesario en sus acciones y actos, destituidos ya de fe y doctrina y de gracia, no teniendo ya quien les enseñase, no perdidas, sino aumentadas las tinieblas de ignorancia con que los hombres nacen y corrupción de pecados actuales ya dichos, dieron en buscar dios que los socorriese y ayudase en sus cuitas y necesidades, como los que sin él no podían pasarse; y así dieron en recibir por dioses aquellas sombras y cosas que les pareció tener resabio alguno de divinidad, como largamente queda probado; y esto nació (como está dicho) de no entenderse unos a otros y de estar divisos en lenguas. Y de aquí nació también, que no sólo elegiesen dios falso, sino muchos dioses, unos diversos y distintos de otros; porque si todas las gentes fueran unas, en unidad de lengua, cayendo en este yerro por ignorancia, todas concordarían en un error, y así todas constituyeran un dios; pero pues cada una nación tenía su dios y dioses, parece de aquí no haber concordado en un consejo y deliberación, lo cual no lo causó sino la diversidad de las lenguas, de donde les provino a cada gente y lengua caer en sus particulares errores y cegueras y escoger sus particulares y especiales dioses.

Esto que, en general, hemos dicho de toda la gentilidad pasada, experimentamos en esta tierra de la Nueva España, por las infinitas lenguas que entre estas gentes ha habido y hay; cuyos dioses han sido tantos y tan varios, que casi excedieron a todas las otras naciones, diferenciándolos, no sólo en los nombres; pero también en los oficios que les daban, según la divinidad que a cada uno de ellos les atribuían; y puesto que todo el mundo o la mayor parte de él, antiguamente hubiesen reverenciado y reconocido al sol por dios; estos dichos indios le tuvieron por uno de los mayores dioses que adoraban, constituyéndole altares y templos muy famosos; y aunque estos indios de esta Nueva España tuvieron gran cuidado en esto, fueron muy más especiales y cuidadosos los de los reinos del Pirú, mayormente en el tiempo de los reyes incas, cuyo primer rey le tuvo por mayor de sus dioses y mandó por todos sus reinos que le adorasen y constituyesen templos muy conformes a la mucha y grande estimación en que le tenían (como en el libro de los templos dijimos), al cual trataban como a supremo.

A esto dicho, ayudó también la astucia y maña del demonio, anunciándoles algunas cosas por venir, las cuales conoce por conjeturas; es a saber, que de aquí a tantos días ha de llover, que el año será próspero y serán fertilísimas las mieses, que las mujeres preñadas tienen en el vientre hijo o hija, que ha de haber guerras o hambres o enfermedades y otras cosas que parecen milagros y prodigios, por razón de su incertidumbre y serles a los hombres ocultas en general y secretas, las cuales cosas las alcanza el demonio por conjeturas, muy mejor y más aventajadamente que ninguno

de los mayores astrólogos del mundo, como lo confiesa Porfirio,¹¹ y lo trata Eusebio,¹² si bien puede engañarse y sí engaña las más veces; junto con esto, dicen que hacían algunas cosas particulares, que a las gentes simples e ignorantes parecían sobrenaturales, como es hacer que súbitamente se junte la multitud de ranas, de pulgas o gusanos, que naturalmente se crían, y para que se engendren estas cosas más ahína y con acto más acelerado; de tal manera que parezca milagro, aunque sea natural, pueden los demonios cooperar, obrando juntamente con la materia de que son formadas las dichas cosas, ayudándolas a venir más ahína y añadiendo semilla o materia más acelerada para este fin; de manera que los efectos de estas cosas que habían de tardar en hacerse, siguiendo el curso natural, las aceleran con su saber y aplicación que hacen de materia proporcionada; para que siendo naturales, parezcan sobrenaturales y divinas, y por consiguiente manera milagros; y de esta manera fueron las señales que hicieron los magos de Egipto delante del rey Faraón, como se lee en el *Éxodo*,¹³ y esto dicho, trata largamente San Agustín en los libros de la *Ciudad de Dios*,¹⁴ el cual en el décimo dice mucho a este propósito; y Gregorio Nacienceno pone, en su libro *Theológico*,¹⁵ que fue la astucia de el demonio la que derribó a los hombres en el profundo de la idolatría, diciendo que se les atrevió a descomedir y quererseles dar por Dios, por la inclinación natural que conoció en ellos, de no hallarse sin él, y que naturalmente le apetecían y buscaban; y Lactancio Firmiano, en el libro segundo de sus *Divinas instituciones*, desde el capítulo nono hasta el diez y siete, trata este intento muy largamente, atribuyendo a la astucia y malicia del demonio esta descomulgada maldad.

El primero que intentó la idolatría en el mundo, según San Epifanio, un poco más abajo del principio de sus escritos contra herejes, fue Sarug, abuelo de Tharé, padre de Abraham, lo cual dice por estas palabras: la noticia que tenemos del origen y principio de la idolatría, según tradición antigua de los pasados, es que en tiempo de Sarug se comenzó, porque hasta entonces no se conocía que hubiese adoración en estatuas o imágenes, ni de palo, ni de piedra, de oro, ni plata, ni de ningún otro metal, ni materia; y si alguna adoración había, era imaginaria e inventada del libre albedrío de los hombres; pero nació Sarug, hijo de Nachor, padre de Tharé y comenzó luego el uso de las estatuas y simulacros, de lodo y barro, por industria de este Tharé; de manera que el primer enemigo y émulo (dice San Epifanio) que tuvo la adoración del verdadero Dios, fue Tharé, eligiendo ídolo con malicia propia y haciendo Dios a un palo; esto se debe declarar, diciendo (según algunos) que éste fue estatuario o escultor y que enseñaría este arte a otros para formar ídolos.

Muchos hay que dicen y afirman haber comenzado la idolatría en la segunda edad del mundo, entre los cuales es Santo Tomás,¹⁶ y muchos

¹¹ Porph. lib. de Oracul.

¹² Euseb. lib. 6. de Praep. Evan. cap. 1.

¹³ Exod. 8.

¹⁴ Div. Aug. lib. 2. de Civit. Dei. cap. 24 et lib. 9. cap. 22 et lib. 10 cap. 19.

¹⁵ Div. Gregor. Nac. lib. de Theol. fol. 11.

¹⁶ Div. Thom. 2. 2. q. 94. art. 4. ad 2.

lugares hay de la Sagrada Escritura que nos dicen ser este vicio idolátrico usado de los padres y abuelos de Abraham, al cual sacó de entre ellos y le enseñó su doctrina y voluntad, uno de los cuales se dice en Josué,¹⁷ pero por evitar prolijidad no refiero a otros, que son inmensos e infinitos. A lo cual podemos decir que es verdad que la idolatría fue muy más ampliada en el segundo siglo que en el primero; porque en el primero, ya que todos fueron malos y pecadores, en muchos géneros de pecados, no lo serían todos en la idolatría, mayormente los descendientes de Adán, por la vía de Seth; pero los que venían por la de Caín, lo serían todos, según lo dicho, declarando el lugar referido de la invocación, que en tiempo de Enós se hizo del nombre del Señor, invocándolo unos para bien y honra suya y otros manchándolo y amancillándolo con el detestable vicio de la idolatría.

CAPÍTULO VII. Cómo los gentiles desta Nueva España creían ser dioses muchos hombres encantadores, por embustes que hacían; y del origen fabuloso que algunos tuvieron



UES SI VOLVEMOS LOS OJOS a las mentiras y ficciones de otros que se dejaron llevar de la opinión de hombres embusteros, veremos cómo también los han tenido por dioses, siendo antes dignos de reprehensión en sus hechos que de ser tenidos por tales; entre los cuales hubo uno en esta Nueva España, llamado Titlacahuan (que quiere decir, somos sus criados), que siendo hombre vicioso, encantador y hechicero, sólo por los embustes que hizo le contaron en el número de los dioses. El origen de este dios comenzó en esta manera: Hubo en la ciudad de Tula un encantador y nigromántico, llamado Quetzalcohuatl, el cual por sus embustes y marañas fue también tenido por dios de los tultecas, cholultecas y casi en general de todos; y estando gozando este dicho Quetzalcohuatl de su buena suerte y próspera fortuna en la dicha su ciudad, este nombrado Titlacahuan fue con otros dos compañeros allá, y engañándole con sus engañosas y fingidas razones, le hizo creer que en el nacimiento de el sol estaba un varón viejo que le llamaba, lo cual confirmó con una bebida que le hizo beber, la cual aunque por fuerza y con recelo del engaño, el dicho Quetzalcohuatl la bebió y quedó de allí adelante tan persuadido a que era verdad, que era llamado para gozar de nuevo y mejor reino que el que poseía, que fue poderosa esta imaginación a sacarle del cierto y verdadero que gozaba, por ir a tomar posesión del otro; de manera que en este embuste quedó Quetzalcohuatl vencido de Titlacahuan y de aquí estimado y tenido por Dios. No fue sólo este embuste el que este pésimo encantador Titlacahuan hizo, sino otros muchos en los cuales, mostrándose famoso hechicero, ganó el crédito y opinión dicha de dios falso de esta ciega gente; y lo que resta de su vida se dirá cuando tratemos de su falsa deidad.

¹⁷ Ios. 24.